



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



1.º de diciembre de 1888



Núm. 57



ROSITA



## UN RATO DE CHARLA



NUNCA se insistirá bastante sobre la conveniencia de no dejarse arrastrar por la corriente de la vulgaridad, de tener criterio propio, y aun de desconfiar constantemente de todo lo que parece artículo de fe. Como recomendaba hace pocos días Mr. Pasteur en la inauguración del Instituto que lleva su nombre, es preciso, indispensable, formarse un espíritu crítico, ya desde la más tierna infancia, y no creer que una cosa sea buena, justa ó cierta porque sea buena, cierta ó justa en opinión de la generalidad.

En otros términos: hay que romper con aquello de «¿A dónde vas Clemente?—A donde va la gente.»

Digo esto á propósito de lo que está ocurriendo en la actualidad con la cuestión de la gimnástica. Ciertamente que no conviene recargar el trabajo intelectual de los niños; pero de tal manera se van calentando los ánimos, que acabaremos por tener que quejarnos de fatiga muscular y de atrofia intelectual, así como hasta ahora los lamentos han sido por fatiga intelectual y atrofia muscular.

Se ha formado, pues, en Francia, y de fijo no tardaremos en traducirlo por aquí, una sociedad intitulada *Liga para el desenvolvimiento de la educación física*, destinada á dar la preferencia, en primer lugar, á dicha educación, viniendo solamente en segundo término la educación intelectual.

Esta idea, como no podía menos de suceder, ha sido sugerida por hombres de grandísimo mérito intelectual, que se permiten el lujo de desdenar aquello en que sobresalen para enamorarse del fruto del cercado ajeno. Porque, vamos, eso de ver á un hombre de la ciencia de M. Berthelot (un verdadero mago) hacerle ascos al saber para preferirle unos buenos músculos, viene á ser una flaqueza ó excentricidad como la de M. Raul Frary, latinista eminentísimo y encarnizado enemigo de la enseñanza del latín.

Es un hecho que pertenece á la serie de los que se registran respecto al ilustre Orfila, químico sin par, pero cuya manía era la de ser tenido por un gran tenor, para no tener que citar otros ejemplos.

Pero dejémonos de quién haya sido el autor de la idea de la *Liga*, y vamos á ver si realmente es necesaria tal institución ó asociación para los fines que persigue, como dicen los periódicos.

Ante todo conviene decir que en materia de gimnástica infantil no debe tratarse ni hablarse más de esa lúgubre gimnástica llamada *de sala*.

La gimnástica infantil debe ser eminentemente *recreativa é higiénica*. Para lo primero se necesita que los ejercicios se verifiquen en vastos espacios al aire libre, y para lo segundo que el esfuerzo precoz no sea tanto que se oponga al crecimiento de la estatura, como sucede cuando el niño lleva á cabo esfuerzos musculares intensos.

La mejor gimnástica para el niño es *la marcha*, único ejercicio que no localiza el desarrollo muscular, porque con esos aparatos de sala los que resultan beneficiados son los miembros superiores solamente, y aun así á costa de fatiga. Aparte de lo cual, la gimnástica con aparatos, si alguna vez corrige desviaciones ó malas conformaciones, en cambio puede producirlas.



¿Hay, en vista de lo dicho, que abolir las barras fijas, las paralelas, los trapecios, las anillas, etc., etc.? No en manera alguna: sólo hay que reservar los tales aparatos para los jóvenes y adultos, en cuya edad el tejido muscular es



El niño en el campo.—I. La llegada

apto para desarrollarse á costa del ejercicio, cosa que no sucede en el niño, por más que se haga.

Además, decretando el ejercicio de la gimnástica, como parece ha hecho ó tiene intención de hacer el actual ministro de Fomento, se infiere el golpe



mortal al carácter recreativo que debe tener la gimnástica, esto es, se la convierte en una *asignatura*, carácter bastante por sí solo para llenar de fastidio á un niño de buen gusto.

¿Qué gimnástica debe ser, pues, la que debe recomendarse á los niños? ¿Qué ejercicios deben ser los que practiquen? Pues nada más sencillo: no la gimnástica con aparatos; no la gimnástica sabia, ortopédica, artificial, sino la gimnástica instintiva, la gimnástica espontánea: correr, jugar, saltar; pero sin *maestros*, sin aparatos, solamente, eso sí, en un vasto terreno, muy grande, donde pueda triscar á su sabor como el potro ó el novillo triscan por la dehesa (por más que la comparación resulte un tanto humillante).

Y para eso, á la verdad, no veo que sea preciso ninguna real orden ni una *Liga nacional*: basta dejar que los niños hagan libremente lo que su instinto les hace desear. Así se favorece el *único objeto* que debe tener la gimnástica antes de los quince años: *favorecer el crecimiento del cuerpo en todos sentidos*. Más adelante, obtenido este *desenvolvimiento*, viene el *perfeccionarlo* con endurecer las carnes, vigorizar los movimientos, hacer más musculosos los miembros.

Y vuelvo á la comparación de antes; que así se hace en las dehesas caballares, y ya veis si se obtienen buenos resultados.

*El juego*: hé ahí la gran gimnástica; el juego, ejercicio eminentemente natural, innato en todos los seres animados de la creación durante su primera edad; el juego, que obliga á saltar, correr, pegar, encaramarse, etc.; cosas todas aprendidas desde que se ve la primera luz.

Nuestros abuelos y antepasados no conocían los aparatos ni otra gimnástica que el jugar, y no consta que fuesen gente enclenque ni enfermiza. Lo que hay es que las modernas generaciones van olvidando cómo se juega, y de ahí la endeblez con que se desarrollan. Vuélvase á jugar, restáurese la época feliz en que cada niño sabía jugar á veinte ó treinta cosas, y no serán menester aparatos ni maestros para que crezcan sanos y robustos los muchachos.

No es, pues, preciso que el Gobierno se tome la molestia de querer formar niños vigorosos creando asignaturas de gimnástica: basta con que se deje que los chicos jueguen á sus anchas, sin necesidad de paralelas ni trapecios. Así lo han comprendido siempre los ingleses, que jamás han adoptado aparatos; así se comprende ahora en la cultísima Bélgica, donde se ha convenido en volver al sistema de jugar, abandonándose todos los utensilios gimnásticos; y así lo comprendieron también M. Godart y M. Coubertin, directores del Colegio Monge de París, donde desde hace tiempo se fomentan los juegos, así franceses como ingleses, divididos según sea necesario proporcionar sencillamente una distracción del espíritu ó un gran desenvolvimiento de fuerza corporal.

Y ahora, para terminar, he de deciros que si os gustan las ideas que he dejado expuestas, no me lo tenéis que agradecer á mí, sino al distinguido especialista M. Fernando Lagrange, de cuyas opiniones, que comparto por completo, me he hecho eco.

Esa gimnástica es la que yo predico y anhelo; esa es la que muchas veces he recomendado, y, os lo diré todo, esa es la única que he hecho, pues no he podido jamás resistir una semana, de puro aburrimiento, la gimnástica artificial. Si se quiere compensar con ejercicios corporales la fatiga intelectual acarreada por el exceso de estudio (si es que la tal fatiga no es un *mito*), apélese al sano, al incomparable antídoto del jugar: en vez de encavernar á los niños en las salas de gimnástica, procúreseles un vasto terreno en que correr, y no se pretenda convertirles en acróbatas hasta haber alcanzado quince ó





El niño en el campo.—II. En plena libertad

diez y seis años, que es la edad á propósito. Esa gimnástica es la única higiénica y recreativa, y para ella no hay necesidad de asociarse, pues está á mano de todo el mundo.

Siempre vuestro

ANTOÑITO



## VARIEDADES

### EL PRIMER CAFÉ

El primer café publico se estableció en Londres en 1652, debiendo su fundación á un motivo tan insignificante como digno de ser conocido.

Un comerciante turco, llamado Edwards, trajo de Levante algunos sacos de café. Este turco tenia un criado griego que sabía prepararlo con gran habilidad y rara perfección. Esta circunstancia hizo que, propagada por Londres la fama de dicho griego, la casa de su amo se viese invadida á todas

horas por amigos y desconocidos, anhelosos de probar el aromático brebaje. Deseoso el turco de complacerlos y, al mismo tiempo, de evitar las asiduas visitas que de continuo le importunaban, permitió que su criado abriese un café y expendiese públicamente la celebrada bebida.

El café se generalizó en poco tiempo en tales términos, que pronto se le sujetó á un impues-



Cuatro pilletes

to. En 1660 se pagaban 4 peniques por cada 9 cuartillos de café vendido y preparado. Hoy se paga mucho más, pero en cambio también se expende mucho peor.

\* \*

Después del café, lo más indicado es que hablemos del azúcar, de esta sustancia dulce y granosa que puede extraerse de varios vegetales, pero muy principalmente de la caña dulce. Las otras plantas que lo producen son el arce, la raíz de remolacha, el abedul, la chirivía, etc., etc. El azúcar se usa en todo el mundo. Se dice que lo conocieron los antiguos judíos. Es posible ya que fué descubierto en las Indias Orientales por Newcheus, almirante de Alejandro, 325 años a. J. é importado en Europa de Asia.

El arte de refinarlo se ensayó por primera vez en Inglaterra en 1659, y se le sujetó á pagar un impuesto en 1685, bajo el reinado de Jacobo II.

El azúcar procede de las Indias Occidentales, del Brasil, de Suriman, de



Java, de la isla Mauricio, de Bengala, de Siam y otras procedencias. Antes de su introducción en los mercados de Europa, empleábase la miel para dulcificar las sustancias, y al principio de su introducción su precio era tan subido que únicamente podían comprarlo las gentes pudientes. Los ingleses tomaron posición de las Indias Occidentales en 1672, que habían empezado á explotar azúcar en 1646. En 1676, cuatrocientos buques, cuya capacidad media



Cuatro pilletes

era de 150 toneladas, se dedicaban al comercio del azúcar en la isla Barbada. Jamaica, descubierta por Colón, y, por consiguiente, de indiscutible propiedad de los españoles, fué conquistada por Cromwell en 1656, y desde entonces es uno de los dominios que mayor riqueza reporta á los ingleses.

Cuando esta isla nos fué arrebatada, contaba sólo con... *tres* plantaciones de azúcar. Los ingleses, sin embargo, la han cuidado y atendido de una manera que su cultivo se propagó pronto de una manera tan rápida como asombrosa.

\*\*\*

Uno de los ejemplares más notables del mundo vegetal son indudablemente las encinas, árbol que, según opinión de distinguidos botánicos, se divide en ciento cincuenta especies. Además de ser muy útil para la construcción de muebles, se emplea, con preferencia á otras maderas, para la cons-



trucción de navíos y toda suerte de fortalezas flotantes. La longevidad de dichos árboles es extraordinaria, pues existen encinas que cuentan mil años de existencia. La circunferencia de su tronco aumenta de 10 á 12 pulgadas por año.

El interior de una encina en Normandía se ha utilizado para capilla, y otro árbol del mismo género sirve en Selcey de redil. Varias han sido las que por su corpulencia han hecho las veces de aljibes, tumbas, prisiones y hasta de morada de una familia numerosa.

En la primera Exposición Universal de Londres, figuró un fragmento de una de esas grandes maravillas del mundo vegetal. Era un árbol nacido en los bosques de California y derribado en 1853. Entonces cortáronse 21 pies de corteza de la base del tronco, á la cual se dió la forma de una sala que podría contener un piano y sillas para cuarenta personas. En cierta ocasión llegaron á reunirse en el interior de este original salón ciento cuarenta niños. Calcúlase que este rey de los bosques contaba tres mil años de existencia, por manera que debía ser una pequeña planta cuando Sansón daba muerte á los filisteos. El fragmento á que hacemos mención y que se puso de manifiesto en el Palacio de Cristal de Londres, medía 103 pies de altura por 32 de diámetro en su base. Fué, como es de suponer, uno de los objetos que más poderosamente llamaron la atención de las personas aficionadas á los estudios naturalistas que visitaron aquel grandioso certamen.

BENJAMÍN







Mientras la lluvia meruda y fría  
arrecia y cae con ruido sordo,  
y allá, á lo lejos, del mar se escucha  
el incesante rumor monótono,  
dentro la casa toda la prole  
de estrecha mesa hállase en torno,  
y en una fuente de porcelana  
van colocando, uno tras otro,  
secos fragmentos de una resina  
que al punto arden con fulgor rojo.  
¡Oh, qué espectáculo tan peregrino!  
Chisporrotean, crujen los trozos,  
y de entre el humo surgen extraños  
como fantasmas misteriosos.

A.



## HAZ BIEN

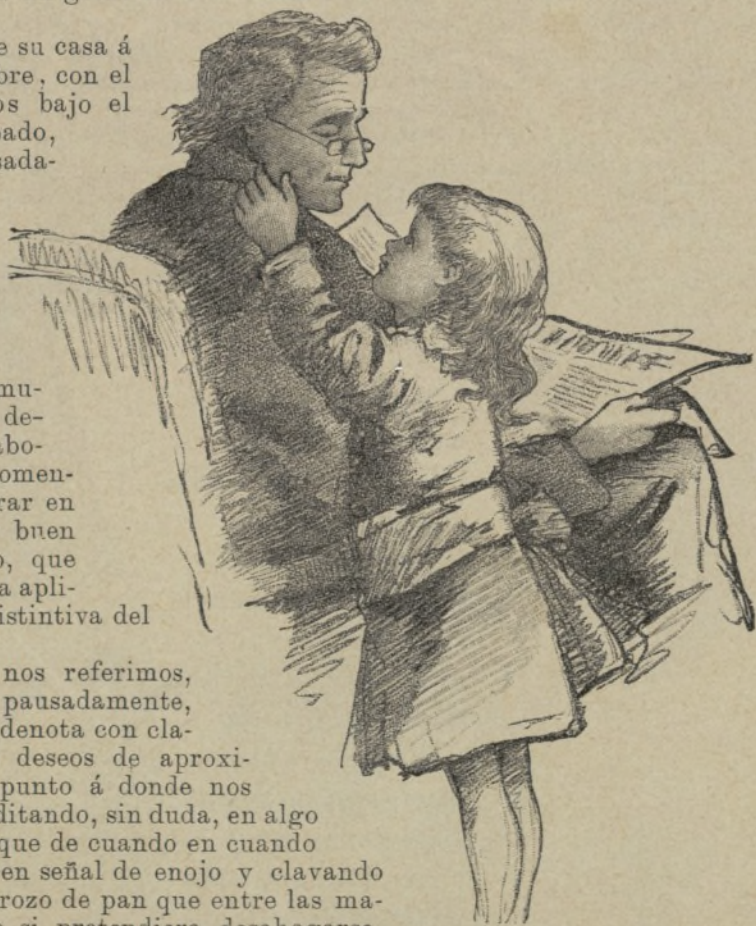
(Á MIS QUERIDOS SOBRINOS TERESITA, LUIS Y ENRIQUE ANDRÉS)

No comprendo si por causa de alguna reprimenda enérgica ó con motivo de alguna cachetina paternal, Arturo, el chico más avisado de la escuela, estaba con un genio insuperable.

Salió Arturo de su casa á la hora de costumbre, con el paquete de libros bajo el brazo, limpio, aseado, dirigiéndose pausadamente hacia la escuela, mientras mordisqueaba con fuerza un trozo enorme de pan blanco, que venía á constituir para nuestro muchacho un postre delicioso que iba saboreando hasta el momento preciso de entrar en clase, no de muy buen grado por cierto, que nunca había sido la aplicación cualidad distintiva del mocito.

El día á que nos referimos, Arturo caminaba pausadamente, con esa pausa que denota con claridad escasísimos deseos de aproximarnos hacia el punto á donde nos dirigimos. Iba meditando, sin duda, en algo serio y grave, porque de cuando en cuando movía la cabeza en señal de enojo y clavando los dientes en el trozo de pan que entre las manos llevaba, como si pretendiera desahogarse, en esta forma, de la contrariedad que parecía molestarle.

En la esquina de la calle próxima por donde Arturo había de pasar, un pobre mendigo, sentado sobre desvencijada silla que por un verdadero milagro de equilibrio sostenía el peso del cuerpo, martirizaba (y cuenta, lector apreciable, que la palabra es apropiada), martirizaba las cuerdas de un violín que, á juzgar por las señales, debía de tener, por lo menos, tantos años como *contaban* los árboles de que nos habla Camprodón en la primera escena de su comedia *Flor de un día*. Aquel mendigo, sucio y harapiento, llevando



El abuelo



en el semblante esa palidez mate que denota hambre, pugnaba en vano por arrancar del instrumento notas melodiosas, armónicas por lo menos. En el brazo que empuñaba el arco, no había ni fuerza ni destreza para ello.

Arturo llegó frente al mendigo, y quedó contemplándolo breves momentos, fija la mirada en el rostro del pobre ciego, sucio, surcado de arrugas, asqueroso. Nuestro héroe, si bien joven aún para comprender toda la triste sublimidad de aquel cuadro, no pudo menos de sentirse conmovido y agitado. Se registró rápidamente los bolsillos, en busca, sin duda, de alguna moneda, la cual no encontró; y de pronto, como si adoptara una determinación extrema, depositó en el platillo de zinc que el ciego tenía á los pies, el trozo de pan que con tan buen apetito iba reduciendo, y dijo al mismo tiempo:

—¡No tengo otra cosa, pobre ciego!

El pobre mendigo siguió luchando por sacar del condenado violín las notas que tanto se le resistían; y después de dirigir los ojos sin brillo hacia donde había sonado la voz pura y sonora del niño, dijo:

—¡Dios te aumente la caridad, hijo mío!... ¡Feliz tú que sientes placer socorriendo al desgraciado! Y no olvides que el hacer bien constituye una ventura inmensa y que la mayor dicha para el hombre debe consistir en que á semejanza de Sócrates puedas vanagloriarte un día de no haber dicho nunca á un pobre: «¡Que Dios le remedie, hermanito!»

Arturo siguió su camino, sintiendo en el corazón una felicidad eterna y prometiéndose no olvidar aquellos consejos que encerraban una lección tan elocuente como provechosa.

SINFOROSO CLARIDADES





## ✱ NUESTROS GRABADOS ✱

### ROSITA

Indudablemente no podía imponérsele otro nombre á esa niña, ya que parece nacida para andar siempre entre sus tocayas de los jardines y los bosques. Bello espectáculo es el de una arrapieza jugando con sus muñecas; pero en nada le cede el de una niña aficionada á coger flores y á engalanarse con ellas.



Las dos amiguitas

### EL NIÑO EN EL CAMPO

¿Quiérese nada más lindo que esos preciosos grabados? Flores por todas partes: flores en el suelo y en los árboles, y un niño, tierno capullo, entre ellas. Allí, en plena libertad, respira el niño el aire sano de la naturaleza selvática, y, estimulado por las sensaciones misteriosas que experimenta, no tarda en entregarse con ardor á los impulsos que en él despierta el ambiente que le rodea, convirtiéndose en pájaro, en cachorro, en juguetera mariposa, confundiendo en la universalidad de los seres de la creación, recobrando las energías y potencias adormecidas por la vida artificial de la ciudad.

### CUATRO PILLETES

Jacobo, Ricardo, Simón y Pedro, eran los cuatro chicos más harapientos del pueblo. Siempre iban descalzos y sucios, y no

se podía hacerlos entrar en carrera. Cuando el mayor tuvo seis años, su padre quiso llevarle á la escuela; pero era tan revoltoso y tan indómito que no se le podía sujetar.

Un día, acompañado de otros chicos amigos suyos, penetró en la escuela á la hora en que sólo estaba allí la mujer del maestro, lo removi6 todo, arrojó en el suelo varios libros, derribó la cesta de los papeles y escapó para no volver más, porque no se le quiso recibir.

Su padre le aplicó el debido correctivo, obligándole después á trabajar en el campo.

### EL ABUELO

D. Francisco, hombre de edad avanzada, es ya abuelo, y ha cifrado todo su cariño en su sobrinita Matilde, que le ama y le venera tanto como á sus propios padres. Cuando le ve sen-



tado en su sillón, leyendo los diarios, acércase á él de puntillas y acarícialo, pidiéndole un beso.

—Hija mía,—díjole cierto día el abuelo;—yo soy ya muy viejo, y me parece que pronto no podrás besarme.

—No importa,—contestó la niña;—irás á la tierra de los bienaventurados, y allí los ángeles te rejuvenecerán y ya no serás viejo.

### LAS DOS AMIGUITAS

Cierto día, Matilde, hallándose á la puerta de su casa, vió llegar á otra niña, poco más ó menos de la misma edad, que llevaba cubierta la cabeza con una especie de gorro muy grande y extraño, y en la cual reconoció al punto á una amiguita suya. Pidió permiso á su mamá para dejarla entrar, y condújola al jardín para enseñarle su hamaca, sus muñecas y otros juguetes.



Las dos amiguitas

Matilde era muy aficionada á obsequiar á los que visitaban la casa, pues habíale dado el ejemplo sus padres: así es que, antes de marcharse su amiguita, fué á la cocina y rogó á la mamá que la invitase á merendar. Su petición fué atendida, y así Matilde pudo cumplir con los deberes de la hospitalidad.

### EL NIÑO MÉDICO

Matilde y Damián jugaban una mañana con las muñecas: la primera desempeñaba el papel de mamá, y el segundo de doctor.

—Señor médico,—decía Matilde:—¿están muy enfermas mis niñas?

—Están graves, señora,—contestó el doctor;—las dos tienen fiebre, y será preciso que tomen una píldora de hora en hora. Voy á buscarlas.

Y saludando gravemente, el supuesto doctor fué á la cocina y pidió á la criada miga de pan, con la cual formó unas píldoras, azucarándolas después á fin de que, según dijo, no pareciesen tan amargas á las enfermas.

De vuelta á la habitación, el doctor dijo á la señora que convendría que ella misma tomase algunas píldoras á fin de que no se le contagiara la fiebre, y él hizo otro tanto con igual objeto. Después dió dos más para las enfermas, y, aunque al parecer las tomaron, la mamá fué quien realmente se las comió.

Al día siguiente, Matilde dijo á su papá que el doctor Damián era un sabio médico, porque había curado á sus muñecas.

### ESTUDIO EN BLANCO Y NEGRO

El Sr. Morales era un artista que pintaba muy bonitos cuadros; pero, aunque joven, tenía la salud muy delicada, y el médico le recomendó que fuese á pasar algún tiempo en la Florida, donde el invierno es allí como nuestra primavera.

El artista era muy aficionado á la caza y á la pesca, y, apenas llegó á dicho país, emprendió una excursión para entregarse á su recreo favorito. Al llegar á orillas de un lago vió un enorme tronco de árbol que había caído al agua, y, avanzando sobre él, situóse en la extremidad. Al cabo de dos ó tres horas quiso volver á la orilla por donde había venido, pero de pronto detúvose al ver á dos pasos una serpiente dormida en el tronco. El artista temía al reptil, porque no ignoraba que su mordedura puede matar al hombre, y, por lo tanto, esperó.

Al cabo de tres mortales horas acertó á pasar por allí en su barquilla un muchacho ne-



gro. El artista le mostró la serpiente, y el chico, levantando su remo, la mató de un solo golpe. Agradecido el Sr. Morales, dióle una moneda, y además le retrató representándole en el acto de estudiar la lección, sentado en una silla junto á la cabaña donde habitaba, como lo indica el grabado.



Las dos amiguitas

## LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

—No,—respondió él en tono taciturno. Estaba cabizbajo y dejaba apagar la pipa.

Era Strehla todo un buen mozo, cano antes de la edad, y sus espaldas comenzaban á estevarse bajo el peso del trabajo.

—Acostad á los niños,—dijo de pronto. Y Dorotea obedeció.

Augusto se quedó con los otros, acurrucado cerca de la estufa. Cuando se tiene nueve años y se gana dinero durante el verano, ya no se es un niño; por lo menos gústase de creerlo así.

Cuando Dorotea volvió á bajar, daban las ocho en el reloj de cuco. Miró á su padre con aire inquieto, y se puso á hilar sin decir nada. Pensó se hubiese detenido á beber en algún tabernucho, como le sucedía algunas veces.

Al cabo de media hora Karl Strehla descargó un puñetazo en la mesa y su pipa se cayó al suelo.

—He vendido Hirschvögel,—dijo. Hablaba en voz baja, como avergon-

zado de lo que decía. La rueca se detuvo. Augusto, sacado de su soñolencia, se levantó bruscamente.

—Sí: he vendido Hirschvögel,—repuso el padre, siempre en voz baja y en tono seco.—Le he vendido por doscientos florines. ¿Qué queríais que hiciera? Debo el doble cuando menos. El hombre á quien lo he vendido lo había visto esta mañana mientras todos vosotros estabais fuera. Mañana lo embalará para llevárselo á Munich.

Dorotea dejó oír un grito ahogado.

—¡Oh, padre!... Los niños... en pleno invierno...

Habíase tornado blanca como la cera y apenas podía hablar.

—¡No es posible! ¡No es posible!—exclamó Augusto.

Strehla dejó oír una risa amarga.

—Es la verdad. ¿Y sabéis aún lo que es la verdad? Es que debo el pan



que coméis, la carne que está en el puchero y el abrigo del techo que os protege. A no ser por vuestro abuelo, estaría yo en la cárcel ya desde primeros de año. Pero se le ha acabado la paciencia y no quiere hacer ya nada más por mí. No tengo trabajo. Los amos prefieren á los operarios jóvenes: dicen que ya no sé trabajar, y puede ser muy bien que sea eso. ¿Acaso se puede tener la cabeza fuera del agua cuando se tienen diez hijos que os arrastran al fondo?



El niño médico

Cuando vivía vuestra madre, era otra cosa. Chico, me estás mirando como si yo estuviera rabioso. Habéis hecho un dios de esa estufa. Pues bueno: se va, mañana se marcha. Doscientos florines es algo. Esto me salvará de ir á la la cárcel por de pronto, y al llegar la primavera las cosas pueden tomar mejor cariz.

—No es posible,—repitió Augusto como si todavía no hubiese comprendido bien.

—Pues ya verás cómo es verdad,—respondióle bruscamente su padre.—El comprador me ha entregado esta noche la mitad del precio y me dará el resto



mañana por la mañana. La estufa vale más de doscientos florines, ya lo creo; pero cuando uno se muere de pura hambre no hay que andarse con repulgos. La estufa negra de la cocina os calentará lo mismo que esa. Una estufa de estas proporciones, y dorada por más señas, no se ha hecho para pobres como nosotros. Hace mucho tiempo hubiera debido ya venderla. Cuando mi hombre la ha visto ha dicho que estaría mucho mejor en un museo que no aquí: que se vaya, pues, á un museo.



Estudio en blanco y negro

—¡Oh! ¡Padre! ¡Padre!—exclamó Augusto arrojándose de rodillas ante su padre.—¡No, no es posible! ¡Vendedme antes á mí! No: os chanceáis. No habéis podido hacer una cosa semejante. No es una estufa como otra cualquiera. La queremos como á una persona y nos quiere también: estoy seguro de ello. ¡Oh! Escuchadme: iré á pedir trabajo, iré á romper hielo ó á barrer la nieve. Es imposible que yo no encuentre algo que hacer. Iré á ver á nuestros acreedores; les rogaré que esperen: todos son vecinos nuestros y tendrán paciencia. Pero ¡vender Hirschvögel! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Devolvedle los florines á ese mal hombre! ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! Por piedad, escuchadme.

Strehla se conmovió ante la angustia del chico. Quería á sus hijos, después de todo, y lo que les daba pena se la daba también á él. Pero, al mismo tiempo que se sentía apesadumbrado, experimentaba cólera ante Augusto, porque se daba vergüenza de lo que había hecho, y cada una de las palabras de su hijo le hería en sus fibras más delicadas.

(Se continuará.)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.